

0. Contexto histórico. De la *polis* al imperio.

Cuando murió Platón, Aristóteles tenía treinta y 7 años; nueve años después, en el 338 a.C., Filipo de Macedonia derrotó a las ciudades de Tebas y Atenas en la batalla de Queronea. Esta derrota supuso el final del gran invento político e los griegos, el sistema de *póleis*. El 336 a.C., Alejandro Magno, que había sido educado por Aristóteles, sucedió a su padre Filipo y acabó de someter a todas las *póleis* griegas: así se iniciaba el imperio macedonio. Uno de los objetivos de Alejandro era la helenización de los territorios conquistados, haciendo una síntesis entre la cultura griega y la cultura oriental, proyecto que se vio frustrado por su prematura muerte.

Sus diádocos, sus generales, intentaron mantener el imperio unido, si embargo se sucedieron numerosas luchas fratricidas entre ellos que terminaron por disgregarlo. Aristóteles murió un año después que Alejandro; fue, pues, testigo, en sus últimos años, de la liquidación de la independencia de las *póleis*, especialmente la de Atenas, que tanto habían apreciado sus ciudadanos.

En sus escritos, Aristóteles defiende la *polis* como unidad ideal de la sociedad. Los filósofos que le siguieron inmediatamente ya abandonaron este ideal y se dedicaron a buscar lo que llamaron “*el ideal del sabio*”, es decir, la manera de vivir que, lejos de las preocupaciones políticas, les orientase en aquella situación de anonimato e inseguridad. En los tiempos de las *póleis*, los ciudadanos se sentían identificados con su ciudad, dependían, individual y colectivamente, de su pujanza y esplendor: se trataba de una tarea común. Ahora, en cambio, las decisiones políticas se tomaban en las altas esferas de la administración del imperio y el ciudadano no contaba para nada. Tanto daba ser ateniense o tebano, todo el mundo era tratado del mismo modo. Esta situación provocaría la aparición de un fuerte individualismo. En adelante, el filósofo se encerrará en su intimidad o bien se considerará ciudadano del mundo (cosmopolita). Así ocurrirá en Atenas, donde surgirán una serie de escuelas filosóficas (epicureísmo, estoicismo, etc.) cuya finalidad será buscar la mejor manera de vivir en la nueva situación. Por eso, han sido llamadas “*filosofía de la salvación*”.

El imperio de Alejandro duró muy poco, cuando se disgregó, sus diáconos, erigidos como reyes helenísticos, continuaron fundando y engrandeciendo ciudades, a la vez que impulsaban actividades culturales. En algunas de estas ciudades helenísticas (Antioquía, Pérgamo, Alejandría, etc.), se produjo un gran desarrollo de la cultura griega. Sin embargo, en ellas no se desarrolló, como en Atenas, la filosofía, sino más bien diversas áreas especializadas (ciencia, arte, religión, literatura). Así, podemos decir que, por primera vez, se separan la filosofía y las otras clases del saber, un fenómeno que no se volverá a dar hasta la época moderna, en que se separarán las diferentes ciencias particulares de la filosofía. De entre todas las ciudades helenísticas, la que experimentó un desarrollo más espectacular fue Alejandría con su **Museo**, uno de los centros más

florecentes del Mediterráneo.

Poco a poco, los reinos helenísticos que hemos mencionado fueron cayendo bajo el poder del Imperio romano. El último fue el de los Ptolomeos, anexionado en el año 30 a.C, tras la batalla de Actium. Bajo el dominio de Roma, la actividad del Museo se prolongaría durante unos tres siglos más; sin embargo, salvo algunas excepciones, su labor fue mucho menos importante.

La filosofía helenística: epicureísmo y escepticismo.

El epicureísmo: el cálculo de placeres.

La filosofía, pensaba Epicuro, ha de enseñar al hombre a ser feliz. Por eso ha de ser el remedio que cure de los cuatro grandes males que hacen vivir al hombre en la angustia. Estos males son:

- a) el temor a los dioses;
- b) el miedo a la muerte;
- c) el deseo insatisfecho de placeres;
- d) la pena y el dolor por los sufrimientos que no se pueden evitar.

El conocimiento de la naturaleza (física) libera de los dos primeros males; y de los otros dos nos libera un buen conocimiento de la naturaleza humana que permite establecer un criterio de actuación moral acertado para dosificar los placeres y evitar el dolor hasta donde sea posible.

Se ha perdido, en filosofía, el interés por el conocimiento, la curiosidad intelectual; en Epicuro, el saber por el saber es inútil: hay que saber para poder vivir serenamente, la sabiduría ha de ser tutora de la conducta. El epicureísmo, que se mantuvo durante siglos sin modificaciones, fue una de las primeras escuelas de filosofía que penetró en el mundo romano; allí surgió el más destacado epicúreo, **T. Lucrecio Caro**, que en su largo poema *De rerum natura*, expuso el pensamiento del maestro en una obra cumbre de la literatura.

La canónica epicúrea o teoría del conocimiento.

El conocimiento tiene un valor porque ayuda al hombre a vivir bien. Pero, ¿qué podemos conocer? Más aún, ¿cómo podemos estar seguros de que nuestro conocimiento se corresponde con algo real, que es verdadero? Para Epicuro la única fuente de conocimiento es la experiencia sensible. Nuestro conocimiento o bien es el resultado de los datos sensibles actuales o bien es el recuerdo de datos sensibles pasados. Además, tenemos los conceptos o ideas, que son anticipaciones de la experiencia. Los datos sensibles constituyen nuestra experiencia y, gracias a esta experiencia, podemos ordenar y reconocer los datos sensibles nuevos; lo hacemos a través de **esquemas** o **anticipaciones**, que

dependen también de la experiencia. La regla o **canon** que nos garantiza la validez del conocimiento humano es la **evidencia sensible**: un conocimiento es verdadero si responde a alguna experiencia sensible.

Las experiencias sensibles son de dos tipos: **sensaciones** y **sentimientos**; los últimos, causados por las primeras. Los sentimientos son básicamente de agrado o de desagrado, de placer o dolor. No hay error en lo que uno siente. El error puede producirse en el juicio que hacemos sobre los datos sensibles o en las inferencias que derivamos de la experiencia, es decir, en las **suposiciones**, interpretaciones o hipótesis, que son conjeturas realizadas a partir de los datos sensibles. Las suposiciones o hipótesis pueden ser de dos tipos: de previsión de la experiencia, las cuales confirman o no nuestra suposición, o son suposiciones para explicar las causas de lo que sucede. Entre estas últimas, unas son **necesarias** para dar razón de la experiencia, y son verdaderas, las explica la física y son exigidas y controladas por la experiencia (p.ej. Átomos y vacío); las otras son suposiciones o hipótesis probables, que explican las causas de los fenómenos particulares.

La física epicúrea.

La evidencia sensible nos informa de que hay cosas corpóreas, que vemos y tocamos. Estas se componen y se descomponen y, como es inconcebible que se compongan de la nada o se conviertan en nada, Epicuro, siguiendo a Demócrito, supone que los componentes de todas las cosas son unas unidades mínimas llamadas **átomos**. Estos son indivisibles, increados, inalterables, macizos, eternos. Todos los cuerpos están formados por átomos, pero estos no están formados por nada más: son simples.

Los átomos son infinitos en número, pero no son todos iguales: se diferencian por el tamaño, la figura y el peso; los hay de muchas medidas, si bien todos son invisibles, y los hay de figuras muy diversas, pero son todos indivisibles. El peso de los átomos es la causa de la tendencia que tienen a moverse hacia abajo. En esto, Epicuro sigue a Aristóteles y corrige a Demócrito, que había afirmado que los átomos se movían al zar en todas direcciones. La caída hacia abajo haría que las trayectorias de los átomos fuesen paralelas unas a otras; por esta razón, Epicuro introdujo el concepto de *clinamen* o caída vertical y así puedan chocar unos con otros y construir los agregados que son las cosas. El devenir natural (que se formen cosas, que éstas se transformen y se muevan) es debido al peso de los átomos, a la desviación de estos y al choque entre ellos.

El devenir natural se produce por necesidad y por azar: hay factores necesarios, uniformes y previsibles en la naturaleza como, por ejemplo, la caída vertical de los átomos; pero está también el *clinamen*, que hace imprevisibles los acontecimientos. Para que los átomos se puedan mover, Epicuro supone, como Demócrito, que ha de existir el vacío. Así, átomos y vacío son toda la

realidad existente.

Suscribe, también, las tesis de Demócrito sobre la infinitud del cosmos: el tiempo y el espacio son ilimitados y existen infinitos mundos formados de agregados de átomos que cíclicamente son disgregados para volver a agregarse. Con todo, se vuelve a modelos cosmológicos ya superados: nuestro mundo tiene a la Tierra como centro y esta es plana; parece que no conoce o que olvida que ya los pitagóricos, Platón y Aristóteles habían afirmado la esfericidad de la Tierra.

La ética epicúrea.

El ser humano es corpóreo, hecho de átomos. También el alma humana está hecha de átomos, aunque más sutiles y capaces de poner en movimiento a todo el individuo. El alma es principio de acción porque puede anticipar representaciones agradables o desagradables de lo que ocurrirá y puede aceptar o rechazar los deseos. Pero eso, solo tiene sentido y valor moral si realmente es posible elegir, si el ser humano es libre. Epicuro defiende con ardor la libertad humana y rechaza el determinismo. Los consejos solo tienen sentido si somos libres: la necesidad propia del mundo natural ni los condicionantes del mundo social impiden al ser humano decidir por sí mismo. El *clinamen*, que introduce un elemento de azar en el devenir natural, permite dejar un margen a la decisión humana.

El ser humano quiere ser feliz y, como los animales, busca situaciones placenteras y evita situaciones dolorosas: hay una tendencia natural a buscar el **placer** (*hedoné*) y a evitar el **dolor**. Cuando los cambios son armoniosos, regulares, la situación es placentera; cuando los cambios son bruscos, irregulares, desequilibrados, la situación es desgradable y desplacente. En realidad, el placer auténtico, es negativo, es la falta de dolor; Epicuro lo llama **placer estático** y lo distingue del **placer cinético**, que es la variación del placer incrementando su intensidad o variando su calidad: apagar la sed con agua, placer estático; beber productos refinados, placer cinético.

La **aponía**, es el estado del cuerpo humano cuando está libre de todo dolor y estorbo. La **ataraxia** es el estado anímico en que nada altera, perturba ni angustia al hombre. Los dioses viven en perpetua y completa *ataraxia*, por lo que son dignos de admiración e imitación, son modelos para el sabio. Este esquiva los dolores evitables y amortigua los inevitables, recordando buenos momentos pasados o anticipando mejores momentos que los presentes. El necio, vive angustiado por las preocupaciones y los males presentes o futuros.

El placer es, pues, un bien y el dolor un mal. Pero no hay que buscar todo placer y eludir todo dolor, ya que ciertos placeres momentáneos a la larga producen grandes dolores y a la inversa. Es propio del sabio sopesar y saber elegir, realizar un cálculo utilitario de qué placeres han de ser buscados y qué dolores han de ser rechazados para conseguir la felicidad: no sufrir en el cuerpo

(*aponía*) y obtener la tranquilidad de ánimo (*ataraxia*).

De las cosas placenteras que pueden ser objeto de deseo, unas son **naturales y necesaria** y tenemos que procurárnoslas (un techo para cobijarnos, p.ej.) y otras son **naturales** pero **prescindibles** (comer exquisiteces, p.ej.) y, aunque innecesarias, es prudente que nos las proporcionemos de vez en cuando haciendo así más atractiva la vida. El tercer tipo de cosas deseables son las **no naturales e innecesarias**, aquellas a las que uno ha de ser capaz de renunciar si quiere vivir feliz (honores, poder político, todo aquello que es fuente de preocupación e intranquilidad).

El único valor que cuenta para la vida humana, el fin último, es el placer; cualquier otro valor es siempre un medio con vistas a la única finalidad humana. Hay que tratar de asegurarse el placer, entendido como ausencia de dolor.

El estoicismo: “*sustine et abstine*”.

El estoicismo fue la escuela de filosofía más prestigiosa del período helenístico, entre sus representantes más importantes tenemos a Zenón de Citio, que fundó la escuela en la Atenas del 300 a. C. (estoiocismo antiguo); Panecio y Posidonio (siglos II-I a.C.), representantes del estoicismo medio que incorporaron elementos aristotélicos y platónicos. Y, finalmente, el estoicismo nuevo, de Séneca, Epicteto y Marco Aurelio (s. I-II d.C), ya básicamente romano; subrayaba aspectos como la idea de la providencia y tenía, una profunda preocupación religiosa y salvífica.

Pese a manifestar más curiosidad por las cuestiones teóricas, subordinó también, como el epicuerismo, el conocimiento al objetivo de llevar a término el **ideal del sabio**: vivir tranquilamente, sin perturbaciones. Ya los estoicos antiguos sistematizaron la filosofía en tres ámbitos: lógica, física y ética.

La lógica estoica.

Los estoicos entendían la **lógica** en un sentido mucho más amplio que nosotros. Para ellos, la lógica hacía referencia al ***lógos***, considerado como lenguaje y pensamiento al mismo tiempo; incluía la retórica (ciencia de la buena expresión de los razonamientos en la disertación) y la dialéctica (ciencia del razonamiento correcto). En la dialéctica, distinguían entre la parte sintáctica (signos y la parte semántica (significados). Crisipo elaboró una lógica proposicional como cálculo, con variables, conectivas y reglas de inferencia. Se interesó por el condicional de entre todas las funciones veritativas, y definió la relación de implicación entre enunciados para establecer una teoría de la demostración. Esta es el razonamiento cuyos enunciados o proposiciones son todos

verdaderos y que es formalmente correcto, es decir, aquel en que las premisas implican la conclusión.

La búsqueda de la seguridad en el conocimiento es la función de la parte semántica de la dialéctica estoica. Se trata de una **teoría del conocimiento** empirista: la realidad nos envía una serie de datos, que captamos a través de nuestros sentidos; esto produce en el alma unas **representaciones** de las cosas. Unas se corresponden con lo que son las cosas, son verdaderas, y otras son meras construcciones imaginarias o representaciones distorsionadas de la realidad, son **erróneas**. Solo son verdaderas las **representaciones catalépticas**, las que se nos presentan con claridad y evidencia. Este es pues, el criterio de verdad y certeza: una representación es verdadera si es clara y evidente, y si la mente la asiente. A partir de aquí, el entendimiento humano es capaz de enlazar unos enunciados verdaderos con otros e inferir enunciados nuevos. De ahí, el interés de los pensadores estoicos por el análisis de las estructuras deductivas.

La física estoica.

Se inspira en Heráclito, como la de Epicuro se inspira en Demócrito. Es la ciencia de lo real, de lo corpóreo. Solo ha cuatro excepciones: el vacío, el tiempo, el lugar y los significados; todas las otras cosas son corpóreas. La concepción estoica de la naturaleza es **materialista**. En el mundo y en cada cosa particular se pueden distinguir dos principios: uno pasivo y otro activo. El pasivo es la materia, sustrato de todos los cambios, inerte y parecida a la materia primera aristotélica. El principio activo es el fuego que organiza y estructura cada cosa y la totalidad del cosmos. Este fuego lo penetra y lo vivifica todo, es el principio que mueve y produce todo lo que sucede; es idéntico al *lógos* o **razón universal**. El fuego-*lógos* hace del mundo un gran ser viviente, es Dios mismo. El materialismo estoico es, pues, **panteista**: el dios estoico es inmanente a la naturaleza, es su principio activo.

El cosmos estoico, como el aristotélico, es finito y esférico y guarda su misma estructura jerárquica, con la diferencia de que el estoico está dotado de vida, es racional y perfecto.

Las cosas particulares tienen su principio unificado, que les da identidad y las características propias de cada cosa. Se llama *pneûma*, o **alma**, y está hecho de aire y de fuego. A medida que ascendemos en la escala biológica, la mezcla, que es el *pneûma*, cada vez está más cohesionada y es funcionalmente más perfecta hasta llegar al alma humana, que participa de la inteligencia divina. De todos modos, el *lógos* cósmico está en todo y lo penetra todo: contiene las “simientes” y el “sentido” de cada cosa particular (*lógoi spermatikoi* o *razones seminales*)

Los estoicos hacían referencia a períodos cósmicos que finalizaban en una conflagración universal en la que todo es destruido y se convierte en masa ígnea. Este proceso es cíclico: una sucesión sin fin de formación y destrucción del cosmos. En una primera fase, todas las cosas surgen

por transformación del fuego, que se convierte en todas las cosas y las genera; en la segunda fase, todo es consumido por el fuego y el **año cósmico** o conflagración universal. Así se completa el ciclo y se inicia nuevamente. Es la idea del **eterno retorno**: todo lo que sucede ya ha sucedido, y volverá de la misma forma y con los mismos actores.

El ciclo cósmico está ordenado y regido por el *lógos* universal, que dirige todas las cosas hacia lo mejor. El *lógos* (Dios) estoico es **providencia** y **finalidad** (todo lo que ocurre ocurre de la mejor manera posible=, pero, al mismo tiempo, es **determinismo** y **fatalidad**, ya que lo que ocurre no puede sino ocurrir:: es del todo necesario.

En consecuencia, el mal, no existe para los estoicos, solo un conocimiento imperfecto de lo real hace olvidar que lo que se conoce por mal son elementos necesarios para la totalidad. Así, la libertad y la responsabilidad humana, la decisión, están ligadas a la determinación natural. Pese a esto, el ser humano puede optar y consentir, por medio de su juicio, en lo que ha de ser y que es racional que sea; la libertad y la decisión libre consisten, pues, en adecuar la propia razón a la razón universal y consentir a ella. Esta es, precisamente, la actitud del sabio; el necio, en cambio, es el que pretende resistirse al destino, al devenir natural.

La ética estoica.

Tiene una raíz cínica, recuperando sus ideas de autosuficiencia y el menosprecio de los bienes exteriores, la atención a las exigencias de la naturaleza y el desdén a lo que es convencional. La física estoica ha mostrado que el cosmos está regido por el *lógos* en un eterno retorno que determina el devenir universal, los hechos son siempre los mismos, la regularidad de la naturaleza es total. Así, la ética estoica busca que el ser humano consiga vivir en armonía con la naturaleza: el sabio vive con armonía natural siguiendo también los dictados del *lógos*, el cual es inmanente a la naturaleza, la gobierna, es **destino** y **providencia**, por lo que el sabio lo asume y se identifica con él. De esta manera, vivir de acuerdo a la naturaleza es sinónimo de vivir de acuerdo a la razón.

Además de la filosofía cínica, recibieron influencia del eudaimonismo aristotélico, la felicidad es el bien supremo, el fin último. El hombre feliz es autárquico se basta a sí mismo, vive independiente de las cosas exteriores y no se altera por nada. La **apatía** (*apátheia*), o impasibilidad, es el ideal del sabio estoico: aceptar tranquilamente el devenir, sin inmutarse ni resistirse, sin arrastrarse por las pasiones. El hombre feliz, es el virtuoso, siendo la virtud el único camino para lograr la felicidad, la disposición y el anhelo de vivir de acuerdo a la naturaleza y la razón.

El hombre sabio es libre, ya que reconoce y acepta el devenir del cosmos, el necio se resiste al destino y se opone al devenir natural; pero el destino, inevitablemente, hará que las cosas sean como han de ser, por lo que su resistencia lo hará infeliz y falto e virtud y libertad.

En la ética estoica, se hace bien patente ese componente característico del pensamiento griego: el intelectualismo. El conocimiento adquiere un papel central en la acción moral, que no depende tanto de la decisión, que en el marco del pensamiento estoico es muy problemática, como del conocimiento: el sabio es el único hombre bueno, es el que conoce el orden armónico del mundo. Nos encontramos frente a una moral que puede parecer individualista, pero no es así. El sabio debe preocuparse de los demás, de la felicidad de los otros, ya que todos participan del *lógos* universal. Todos somos iguales a este respecto. El estoico apunta la posibilidad de participar en la vida política, en principio, en el **Estado universal**, ya que el sabio no reconoce las leyes convencionales, solo la ley de la naturaleza. El estoico es un ciudadano del mundo, un **cosmopolita** (en autores posteriores se verá en el Imperio romano, la realización parcial de ese Estado universal).